

Las ruinas de Medina Az-Zahra

San sido declaradas monumento nacional las ruinas de Medina Az-Zahra.

Otra vez el venerado polvo de aquellos lugares pasa a ser de la nación española, como lo fué hace ya cerca de mil años, cuando la nación española la personificaba el magnífico Abderramán, tercero de su nombre entre los califas cordobeses, y distinguido entre los cronistas arábigos con el sobrenombre de An Násir.

El espléndido sueño de Medina Az-Zahra, inmenso, febril y breve como un delirio de calentura, tuvo la fugacidad de una flor. En 936 se comenzaban sus cimientos. Se tardó cerca de veinticinco años en terminarlo. En 1010 ya lo saqueaban los berberiscos por primera vez.

De aquellos hermosos alcázares, donde doce mil hombres, «ceñidos con cinturones dorados y llevando espadas bellamente ornamentadas», prestaban guardia a la regia pompa del califa, solo quedaba, al cabo de un siglo, la abandonada majestad de las ruinas.

Allí se refugiaban los sublevados. Allí se aposentaban los mendigos. Y cuando los poetas visitaban los lugares de inmortal fama, sólo acertaban a cantar las mudanzas de los tiempos. «Ya en sus desiertos alcázares, cantaba Abu Násir Alfah, no se escucha otro acento que el siniestro graznido de las aves y el lúgubre silbido de los buhos cuando vienen de noche a visitarlos.»

Cuando Córdoba fué conquistada por Fernando III el Santo, ya se llamaban aquellos lugares «Córdoba la Vieja».

Y su formidable recinto amurallado—que aún vió y midió en el siglo XVI nuestro famoso Ambrosio de Morales—y seguramente alguna porción más situada hacia mediodía, pasó a poder de la Corona de Castilla, con el nombre de la «Dehesa del Rey», para criar caballos.

«Las dehesas do pacen los caballos del Rey Nuestro Señor», como atestiguan muchos antiguos documentos, ven así pasar los siglos, testigos de su mudez y de su escarnio.

Porque la hermosa fábrica de Medina Az-Zahra ha sido casi borrada de la faz de la tierra, por la alevosa mano del hombre.

Durante bastantes siglos, Medina Az-Zahra ha sido la cantera de que se han nutrido todas las obras de Córdoba.

Cuando se construye el hospital mayor de San Sebastián, actual casa de Expósitos, cuando se reconstruyen las murallas, para toda obra de consideración que se ejecuta en Córdoba después de la Reconquista, sólo hay que contratar con los carreteros los cientos de carradas de piedra necesarios para la construcción. Y la piedra viene de las ruinas de Medina Az-Zahra.

Los monjes de San Jerónimo le dan el golpe de gracia. Acaban hasta con el acueducto que traía a Córdoba los raudales de agua que allí sobraban.

Ya no queda ni señal de que aquello fué construcción siquiera. Las piedras sueltas que quedan sobre el suelo se emplean, a mediados del XVIII «en este año de 1754, en los cimientos de las cercas de la Dehesa, que por orden del Rey Nuestro Señor Don Fernando VI, que Dios guarde, se están allí construyendo», como dice Ruano.

Es obra casi de nuestro siglo la exhumación del glorioso cadáver. Perdido el recuerdo de Medina Az-Zahra, el talento erudito de don Pedro Madrazo tuvo que emplear su ingenio para determinar el emplazamiento de la perdida joya de los califas.

Y en 1910, al noveno centenario de su destrucción, el Estado español encarga a don Ricardo Velázquez — nuestro último bien perdido —, que verifique excavaciones.

Ya están otra vez descubiertos los arranques de muro, los bien solados pavimentos, las hundidas atargeas, las alcantarillas ciegas...

El venerando polvo de aquellos lugares ¡cuántos recuerdos suscita! Como el poeta árabe, recordamos y añoramos. «Pecieron las mujeres de graciosos hoyuelos en las mejillas, y todo pasó para nunca volver».

Es lo único que perdura. La vieja tradición poética, que cantará, andando los siglos: «Solo un pastor a visitarte viene...»

RAFAEL CASTEJÓN.